
editorial

IX

Presentación

Un museo es una herencia, un legado cultural que la sociedad va transmitiendo de forma permanente. Su misión, fundamentalmente educativa, es dar a conocer aquellos aspectos del pasado que merecen ser recordados, conservados y transmitidos a las nuevas generaciones. En cuanto depositarios de ese pasado que atesoran, los museos son un fiel reflejo cultural y social de la historia de un país.

En sus orígenes, antes que cualquier gobierno o estado, fueron los monarcas y los particulares los que empezaron a formar colecciones. Y lo hicieron por varias razones, ente ellas, la de poseer un «símbolo de rango» que mostrase a los demás su fortuna personal. En determinado momento, esas colecciones se hicieron accesibles al público para, posteriormente, convertirse normalmente en museos del Estado

Este origen de colección privada ha condicionado y marcado, en gran medida, la génesis y concepción de los museos ya que si siempre pareció lógico y universalmente aceptado el que se debían conservar las grandes obras de arte, en sus múltiples facetas, no ha tenido el mismo arraigo el hecho de que la ciencia pudiera tener cabida en los museos.

El museo de arte es atractivo por naturaleza de lo que exhibe, por sus formas y sus colores. Sin olvidar en ningún momento la función cultural que desempeña, podemos afirmar que al museo se va a admirar la estética de la obra de arte.

En el caso de la ciencia, la concepción del museo cambia. Su función, también educativa, será mostrar la importancia del papel que la ciencia, la tecnología y la industria han desempeñado en el desarrollo cultural, económico y social de la humanidad. Y para ello el museo de ciencia presentará una serie de artefactos cuyo interés resida en la función y efecto que en un momento determinado de la historia tuvieron. Con frecuencia deberá ofrecer además, de forma atractiva al visitante, explicación de complejos fenómenos asociados a los objetos que exhibe. Sólo aquellas sociedades culturalmente más desarrolladas han comprendido que de la mis-

Editorial

X

ma manera que el arte tiene sus propios templos en los que muestra sus obras, la ciencia y la tecnología también deben exhibir sus logros y evolución. Esto es al menos lo que los ciudadanos tiene derecho a esperar.

ARBOR, siguiendo su lema de Ciencia, Pensamiento y Cultura dedica este monográfico a los MUSEOS DE HISTORIA DE LA CIENCIA con la idea de presentar una serie de contribuciones nacionales y extranjeras que nos acerquen la realidad de estos centros del saber.

El orden de presentación de los artículos respeta la cronología de la aparición pública de los distintos museos. Resulta por tanto obligado iniciar la serie con el trabajo conjunto de Simone Contardi y Mara Miniati sobre el MUSEO DI STORIA DELLA SCIENZA de Florencia. Pocas veces podrá hablarse de una identificación tan exacta entre una ciudad y sus museos. La mayor parte de los grandes museos del mundo son la manifestación visible de un poderío político del pasado. Florencia no. Florencia nunca fue la cabeza de ningún imperio como no fuera el imperio universal del humanismo. Simone Contardi y Mara Miniati nos hacen un repaso de los avatares del museo desde sus orígenes hasta nuestros días. De marcada vocación didáctica, la finalidad del Museo queda reflejada en las palabras de Felice Fontana en documento de 1780 que tenemos ocasión de leer parcialmente. La fuerza del Museo, nos dicen los autores, reside en su unidad, en la capacidad de reunir bajo un mismo techo todo el conocimiento técnico y teórico disponible. Algunas de sus salas, pensemos en las dedicadas a Galileo, o las que albergan los instrumentos de la legendaria Academia del Cimento, por citar sólo dos ejemplos, pueden considerarse auténticos santuarios del conocimiento científico en la historia de la humanidad. Cuando uno llega a esas salas algo muy peculiar y difícilmente describable lo sorprende. Es un ambiente especial que envuelve al visitante, creado sin duda, por la particularidad de lo allí expuesto.

Los dos siguientes artículos nos traen a España, a dos instituciones de carácter militar que sus propios autores reconocen que no pueden considerarse como museos de historia de la Ciencia propiamente dichos, pero atesorando ambas una colección de instrumentos científicos en cantidad y calidad tales que creo, y ellos compartieron opinión, deben figurar en esta páginas. En primer lugar Francisco José González González nos presenta la colección de Instrumentos científicos del REAL INSTITUTO Y OBSERVATORIO DE LA ARMADA de San Fernando. Originalmente instalado en el Castillo de la Villa de Cádiz, ostenta el privilegio de ser el observatorio astronómico más antiguo de España. Desempeñando en la actualidad múltiples funciones de orden científico y didáctico, alberga en su interior una excepcional colección de 163 instrumentos de incalculable

Editorial

XI

valor. Son los instrumentos científicos de las expediciones ilustradas del XVIII, piezas únicas de la observación astrométrica que constituyen el núcleo fundamental de la historia de la astronomía española.

En una línea similar, la segunda contribución española viene de la pluma del Almirante José Ignacio González-Aller Hierro quien nos presenta la colección de instrumentos científicos del MUSEO NAVAL de Madrid, actualmente bajo su dirección. Tras una breve presentación histórica del museo nos describe, de forma amena y documentada, las piezas más importantes y significativas que allí se conservan, entre las que se encuentran auténticas joyas de la historia de la medición náutica.

Sir Neil Cossons, Director del NATIONAL MUSEUM OF SCIENCE & INDUSTRY de Londres es el autor de la siguiente contribución. Garantes y conservadores como ningún otro pueblo de su propio patrimonio cultural, en ocasiones también del ajeno, el artículo de Sir Neil Cossons es un magnífico reflejo del sentir británico de lo que significa la ciencia en su cultura. En esta ocasión no hay detallada descripción de los instrumentos recogidos en la institución sino que su principal preocupación radica en dar a conocer el papel de transmisor cultural de la institución que dirige. Es envidiable ver cómo se han ido gestando las magníficas instalaciones del museo londinense y más todavía cómo se amplían para albergar e incorporar los nuevos progresos del conocimiento científico y técnico de nuestros días.

Una visión semejante la encontramos en el trabajo de Wolf Peter Fehhammer y Walter Rathjen sobre el DEUTSCHES MUSEUM de Munich. Situado en una pequeña isla del río Isar aparece como un auténtico acorazado en el que sus inmensas salas albergan una de las más exhaustivas colecciones imaginables de lo que ha sido el conocimiento científico y tecnológico en la historia de la humanidad. Uno de los caracteres más evidentes de este museo es su continuidad. Desde el hombre primitivo hasta nuestros días, no falta nunca un documento para ilustrar una época. Fundado en 1903 por Oskar Von Miller bajo unas directrices que podemos leer en el propio artículo siempre ha tenido como meta primaria el convertirse en un centro de conocimiento que motive a aprender. Una excelente gestión y una magnífica estructura organizativa le han convertido en el museo más visitado de Alemania. En continua expansión y con una permanente preocupación por desempeñar el papel cultural que le ha sido asignado, estamos indudablemente ante la meca tecnológica de Europa. Los autores nos dicen que si hubiese que elegir una palabra para resumir un museo de historia de la ciencia del tipo del que nos ocupa, ellos elegirían DESARROLLO. Comparto tan acertada elección que sintetiza al máximo la obra por ellos presentada.

Editorial

XII

El MUSEUM OF THE HISTORY OF SCIENCE de Oxford presentado por Jim Bennett, su actual Director, nos lleva nuevamente a la concepción británica de la ciencia. Fundado en 1924 y actualmente en remodelación, tiene su sede en el Old Ashmolean Building, edificio lleno de historia que albergó uno de los primeros museos europeos en época tan remota como 1679. Este museo, de carácter más local que su homónimo londinense, depende de un departamento universitario de Historia y atesora una de las colecciones más importantes de instrumentos antiguos del mundo, destacando entre ellos la excepcional colección de astrolabios. Bennet hace en su artículo un recorrido general por la impresionante colección, sin olvidarse de describirnos, de nuevo el espíritu británico, las tareas docentes asociadas al museo.

Finalizamos con dos contribuciones sobre el MUSEO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA de Madrid. En la primera de ellas su actual Directora, Amparo Sebastián, nos relata la historia de un museo que, creado en 1980, ha permanecido oculto durante más de tres lustros, pudiendo exhibir a partir de 1997, una mínima parte de su colección. El artículo de Josefa Jiménez, conservadora del museo, saca a la luz, desgraciadamente sólo por escrito, una importante parte de los fondos de dicho museo. Sin duda el buen sentido se acabará imponiendo y las soluciones temporales deben dar paso definitivo a un proyecto serio, generosamente dotado de medios físicos y materiales, que desemboquen en un futuro no muy lejano en la apertura del museo que todos deseamos.

Debo, pero sobre todo quiero, terminar agradeciendo muy sinceramente a los diez autores de los artículos que presentamos su valiosa e inestimable colaboración. He de señalar que desde un principio tuve la idea de incluir cuatro contribuciones extranjeras en este monográfico para lo cual elaboré una lista de diez museos, ordenados por preferencia personal, pensando en posibles renunciadas a la invitación de colaboración. Pues bien, en ningún momento fue necesario recurrir al quinto museo de la mencionada lista. Los cuatro primeros museos que figuraban en ella contestaron con una gran rapidez y entusiasmo por la idea propuesta y son los que aparecen en la publicación. En el caso de las cuatro colaboraciones nacionales la respuesta fue, si cabe, todavía más rápida y generosa. Todos ellos han hecho posible este monográfico de ARBOR. Sólo queda reiterar el sincero agradecimiento.

Juan Fernández Santarén